

El punto de vista más original y de alguna importancia que se encuentra en la Filosofía de Arriaga, es su opinión acerca de la identificación de la cantidad ó extensión con la materia prima, pues nuestro filósofo tiene por probable que la cantidad no se distingue de la materia (*probabile est quantitatem non distingui a materia prima*), opinión que ofrece cierta afinidad con la doctrina de Descartes, para el cual la esencia del cuerpo consiste en la extensión.

De todos modos, Arriaga tiene el mérito de haber continuado y afirmado en el siglo xvii, al menos en el orden teórico, el pensamiento crítico y regenerador iniciado y representado durante el siglo anterior por Luís Vives y Melchor Cano.

## § 34.

## SUÁREZ.

Once años después de Vázquez descendía al sepulcro en Lisboa el célebre jesuíta granadino Francisco Suárez, después de haber enseñado Filosofía y Teología en Alcalá, Salamanca, Roma, y posteriormente en la universidad de Coimbra, á la cual fué enviado por Felipe II en calidad de profesor primario de teología. La colección de sus obras, que consta de muchos volúmenes en folio, prueba que Suárez fué uno de los escritores más fecundos, pero á la vez más sólidos y universales de su época. Claro es que en tantos volúmenes se encuentran algunas cuestiones de escasa utilidad, ó cuya importancia práctica y científica no

corresponden al tiempo y páginas que el autor las dedica; pero esto no impide que sus escritos se distinguen generalmente por la claridad de la exposición y por la solidez de la doctrina. De aquí es que ha merecido siempre los mayores elogios, aun por parte de los heterodoxos, y Grocio reconoce en él uno de los teólogos más insignes y un filósofo profundo.

Así es, en efecto; y concretándonos al terreno de la Filosofía, no cabe poner en duda la solidez y extensión de sus conocimientos filosóficos, que aparecen y brillan en todas sus obras, y con especialidad en sus *Disputationes Metaphysicae*, y en sus cinco libros *De Anima*. La Filosofía de Suárez coincide con la escolástica, ó, mejor dicho, es la Filosofía de Santo Tomás, á quien cita y sigue en cada página de sus obras filosóficas. Si se exceptúan las cuestiones relativas á la distinción real entre la esencia y la existencia, al conocimiento intelectual de los singulares y al modo de explicar el concurso divino en la acción de las criaturas, apenas se encuentran problemas de alguna importancia en que se aparte de la doctrina de Santo Tomás.

El dictado ó denominación de *Suarismo*, si se refiere á su Filosofía, carece de fundamento, y los que le emplean sólo podrían justificarlo de alguna manera llamando suarismo, no á la Filosofía de Suárez considerada en sí misma, sino con relación á ciertas opiniones contrarias á las de Tomás, que algunos jesuitas posteriores á Suárez fueron añadiendo y acumulando sucesivamente. Así, por ejemplo, algunos de éstos niegan la necesidad y existencia del entendimiento agente, necesidad y existencia que Suárez reconoce y afirma con el Doctor Angélico, así como niegan la distinción

real entre el alma y sus potencias, á pesar de que Suárez dice que *probabilius est potentias animae distinguere realiter ab illa*.

La denominación, pues, de *Suarismo*, como sistema filosófico diferente del tomismo, carece absolutamente de fundamento, si con tal nombre se designa la concepción filosófica personal de Suárez, porque los tres ó cuatro puntos en que se separa de Santo Tomás, y que son de importancia secundaria bajo el punto de vista puramente filosófico, no justifican semejante denominación.

Los escritos filosóficos de Suárez se distinguen—aparte de otras cualidades que los recomiendan—por la erudición y por la amplitud de la discusión. El filósofo granadino, que poseía nociones bastante generales y exactas sobre las antiguas escuelas de Grecia, sobre los comentadores griegos y árabes de Aristóteles, y sobre los Padres de la Iglesia y los escolásticos antiguos, rara vez presenta y afirma su tesis sin mencionar y discutir las opiniones de sus antecesores.

Suárez es acaso, después de Santo Tomás, el filósofo más escolástico de los escolásticos, el representante más genuino de la Filosofía escolástica, como evolución intelectual concreta del espíritu humano. Su concepción filosófica es la más completa, la más universal y sólida, si se exceptúa la de Santo Tomás, que le sirve de punto de partida, de base y de norma, según se echa de ver recorriendo sus numerosas obras, y principalmente sus *Disputationes metaphysicae*, sus cinco libros *De Anima* y su tratado *De legibus*. En metafísica, como en teodicea, en moral como en psicología, Suárez marcha generalmente en pos del Doctor

Angélico, cuyas ideas expone, comenta y desenvuelve con lucidez notable.

Á ejemplo de su maestro, el jesuíta granadino parece sentir, en ocasiones, y combate de antemano los errores y teorías que, andando el tiempo, debían aparecer en el campo de la Filosofía. ¿Se trata, por ejemplo, del conocimiento de los actos internos y de las diversas manifestaciones de la conciencia, según que puede ser refleja ó directa? Suárez, después de afirmar la existencia y el valor del testimonio del sentido íntimo, distingue, aunque empleando la terminología escolástica (1), entre la conciencia refleja y la conciencia directa. Santo Tomás había enseñado ya esta misma doctrina, según hemos visto, y, mucho antes que naciera Descartes, había afirmado en términos los más explícitos y enérgicos la imposibilidad de dudar acerca de la existencia del yo, dada la percepción necesaria é inmediata del acto de pensar: *Nullus potest cogitare se non esse cum assensu; in hoc enim quod cogitat, percipit se esse*.

¿Se trata de la visión inmediata ó percepción intuitiva de Dios, que intentaron introducir en la Filosofía cristiana Mallebranche, Gioberti y otros ontologistas? Suárez rechaza y combate de antemano las pretensiones del ontologismo, porque siendo, como es, infinita la distancia ó desigualdad que media entre

(1) «Actus cognoscendi dupliciter potest cognosci, uno modo proprie tanquam objectum alterius actus, cognoscendo, videlicet, ipsam cognitionem (conciencia refleja de los modernos); alio modo minus proprie dici potest cognosci actus quasi in actu exercito (conciencia directa), non per alium actum, sed per semetipsum.» *De Anima*, lib. III, cap. XI.

cualquier entendimiento creado y la inteligencia divina (*infinita inaequalitate seu disproportione distare magis quemlibet intellectum creatum ab increato lumine divino*), Dios no puede ser visto ó percibido inmediatamente por ningún entendimiento creado, cuando éste obra sólo con su virtud natural y propia: *¿Quid mirum est, quod sit Deus invisibilis omni intellectui creato, propria et naturali virtute operanti?*

No contento con esto, Suárez, para cerrar la puerta á las cavilaciones y respuestas del ontologismo en sus diferentes matices, niega rotundamente la posibilidad de una visión inmediata natural de la esencia divina; pues una visión semejante ó intuitiva, de cualquier modo que se la quiera considerar, será siempre sobrenatural (*quia illa visio, utcumque consideretur, est supernaturalis*) ó superior á las fuerzas y poder de la naturaleza. Aquí, como casi siempre, Suárez no hace otra cosa más que reproducir, afirmar y desenvolver la doctrina de Santo Tomás (1), acomodándola al len-

(1) Los pasajes de Suárez á que hemos aludido en el texto pueden considerarse como aplicaciones y comentarios de otros análogos del Doctor Angélico, y entre otros del siguiente: «Cum intellectus humanus, secundum statum praesentis vitae, non possit intelligere (immediate) substantias immateriales creatas, multo minus potest intelligere (immediate et intuitive) essentiam substantiae increatae. Unde simpliciter (absolute, omnino) dicendum est, quod Deus non est primum quod a nobis cognoscitur, sed magis per creaturas in Dei cognitionem pervenimus.» *Sum. Theol.*, p. 1.<sup>a</sup>, cuest. 87, art. 3.<sup>o</sup>

«Quidam dixerunt, añade en otra parte, quod primum quod a mente humana cognoscitur, etiam in hac vita, est ipse Deus, qui est veritas prima, et per hanc omnia alia cognoscuntur: sed hoc aperte est falsum, quia cognoscere Deum per essentiam est hominis beatitudo, unde sequeretur omnem hominem esse beatum.» *Comment. super Boeth. de Trinit.*, lib. III.

guaje de su tiempo y á los errores que pudieran sobrevenir, como en efecto sobrevinieron.

### § 35.

#### MOVIMIENTO ESCÉPTICO.

Como no podía menos de suceder, el choque de tantos y tan encontrados sistemas de la antigüedad, resucitados y extremados con frecuencia por el Renacimiento, dió origen á un movimiento escéptico, que comienza hacia la mitad del siglo XVI y se prolonga hasta fines del siguiente siglo.

a) *Montaigne* (Miguel de), que nació en Bordeaux en 1533 y murió en 1592, puede considerarse como el primer representante de este movimiento. Sus famosos *Ensayos*, cuya divisa ó lema es el *¿qué sé yo?*, entrañan un sentido esencialmente escéptico. So pretexto de rechazar todos los sistemas para dirigirse por la razón sola en la investigación de la verdad, Montaigne socava las bases de toda certeza y de toda ciencia, y, no contento con esto, suele inclinarse del lado de los sentidos, ó, digamos mejor, del sensualismo, cuando la razón y las facultades sensibles aparecen en lucha. De aquí es que el escepticismo del autor de los *Ensayos* merece con bastante fundamento la denominación de escepticismo sensualista, escepticismo que entraña á la vez la duda en el terreno filosófico y el germen del indiferentismo en el terreno moral.

b) Contemporáneo, amigo y en cierto modo discípulo y heredero de Montaigne, fué Pedro *Charron*, que

nació en París año de 1541 y murió de repente en una de sus calles en 1603. Después de haber escrito un tratado sobre *Las tres verdades*, en el cual combate respectivamente á los ateos, á los paganos, á los judíos y mahometanos, y últimamente á los cismáticos y herejes, libro que tuvo grande aceptación entre los católicos, escribió su *Tratado de la sabiduría*, en el cual sigue y desenvuelve la tendencia escéptica de Montaigne.

La sabiduría consiste, según Charron, en el libre examen de las cosas, y con particularidad de las que el uso común y la costumbre nos presentan como verdaderas y buenas. Es sobremanera difícil á la razón del hombre llegar al conocimiento de la verdad, la cual existe en Dios. Al desenvolver y aplicar estos principios, Charron esparce la duda, la indiferencia y la incertidumbre, no ya sólo sobre las ciencias, sino sobre la moral, la virtud y las religiones, sin exceptuar al Cristianismo. So pretexto de combatir y rectificar las opiniones populares, combate á veces y tiende á destruir los fundamentos de la moral y de la religión. Así, no es de extrañar que algunos le hayan acusado de ateísmo, acusación que nos parece exagerada.

c) *La Mothe-le-Vayer* (Francisco), que nació en París en 1588 y fué preceptor del duque de Orleans, hermano de Luís XIV, continuó las tradiciones escépticas de sus dos compatriotas. Tanto en su *Filosofía de los gentiles*, como en sus *Cinco diálogos á imitación de los antiguos*, Le Vayer, no sólo elogia y defiende al escepticismo, sino que se esfuerza en echar por tierra toda certeza científica y hasta toda especie de certeza humana. Hacía, sin embargo, reservas en favor de la

certeza cristiana, basada sobre el principio de la fe en la palabra de Dios.

## § 36.

FRANCISCO SÁNCHEZ.

El portugués Francisco Sánchez, que nació en Braga hacia mediados del siglo xvi, y que, según parece, hizo sus estudios de medicina en Montpellier, recibiendo allí el grado de doctor en 1573, fué acaso el principal y más genuíno representante del escepticismo filosófico de la época. Mientras que en los *Ensayos* de Montaigne y en la *Sabiduría* de Charron el pensamiento escéptico se encuentra como diluído y amalgamado con reminiscencias y reservas dogmáticas, en la obra capital de Sánchez, que lleva por título *De multum nobili et prima universali Scientia, quod nihil scitur*, el escepticismo filosófico se presenta con toda franqueza y claridad.

El filósofo lusitano comienza por hacer la historia de su propio escepticismo, ó de su origen y causas. Ni la enseñanza de sus maestros, ni las sentencias ó escritos de los antiguos, ni las respuestas de los presentes ó contemporáneos le satisfacían (*quod tamen mihi satisfaceret, omnino nihil*) en manera alguna, ni llenaban sus deseos (*nec erat qui desiderium expleret meum*) de conocer con certeza la verdad.

Después de esto, á ejemplo de Descartes y antes que Descartes, el filósofo español se concentra en sí mismo, duda de todo como si nada se le hubiera enseñado jamás, y comienza á examinar las cosas directa-

mente y en sí mismas (1), sin que por este camino le sea dado salir de su incertidumbre, porque «cuanto más pienso, dice, más dudo»; *quo magis cogito, magis dubito*. La conclusión de semejantes premisas es que el hombre no ignora la verdad, como ignora todas las demás cosas (*ut qui eam, ut alia omnia ignorem*), sino que debe abandonar toda esperanza de alcanzarla ó poseerla, y que debe contentarse con buscarla y discutirla: *Nec eam (veritatem) arripere speres unquam, aut sciens tenere: sufficiat tibi, quod et mihi, eandem agitare*.

Algunos historiadores han confundido á este representante del escepticismo con su homónimo, apellidado generalmente el *Brocense*, autor de la *Minerva ó causas de la lengua latina*, y uno de los humanistas más notables de la época.

Tampoco ha faltado quien, sin confundirlos, ha clasificado al último entre los partidarios del escepticismo, clasificación destituida de sólido fundamento, ya porque el Brocense tiene más de humanista que de filósofo, ya porque, á juzgar por su biografía y por sus tratados crítico-filosóficos, sus tendencias eran eclécticas, pero no propiamente escépticas. Quien quiera convencerse de esto, lea su tratado *De nonnullis Porphyrii aliorumque in Dialectica erroribus*. En esta obra, lo mismo que en su *Organum dialecticum*, Sánchez procede con independencia en sus opiniones, critica algunas de Aristóteles, cuyo tratado de las *Categorías* apellida estéril é indigno de su genio (*pertenuet et in-*

(1) «Ad me proinde memetipsum retuli, omniaque in dubium revocans, ac si a quopiam nihil unquam dictum, res ipsas examinare caepi.»

*frugiferum est, nec Aristotelis ingenio dignum*), y se manifiesta favorable á las soluciones platónicas sobre los universales y sobre las ideas.

### § 37.

#### EL ESCEPTICISMO DURANTE EL SIGLO XVII.

a) El movimiento escéptico ocasionado por el choque de los sistemas antiguos y por las discusiones apasionadas del Renacimiento, se prolongó y tuvo también sus representantes durante el siglo xvii. En Alemania el monje premonstratense Jerónimo *Hirnhaym*, que nació á principios del siglo y murió en 1679, y en Inglaterra *Glanvill*, capellán de Carlos II (1636-1680), continuaron y hasta acentuaron más la tradición escéptica del siglo anterior.

En su *Escepticismo científico*, Glanvill se esfuerza en demostrar la imposibilidad de toda Filosofía dogmática y de toda certeza, á excepción de la que nos viene de la fe cristiana ó principio religioso. El escepticismo del premonstratense alemán es más absoluto todavía, pues duda hasta de los axiomas fundamentales de la razón, y en su *Typho generis humani*, afirma que el hombre no puede estar cierto ni siquiera de su propia incertidumbre.

b) Contemporáneo de Glanvill, pero de vida más larga que el escéptico inglés (1630-1721), fué el sabio *Huet* (Pedro Daniel), natural de Caen, en Francia. En su *Demonstratio evangelica*, en su *Censura Philosophiae cartesianae*, y, sobre todo, en sus *Alnetanae Quaestio-*

nes (1), Huet apenas reconoce á la razón humana más que el poder de preparar el camino y conducir á la fe divina, único medio seguro de alcanzar y poseer la verdad. En el orden puramente natural y filosófico, y abstracción hecha de la palabra de Dios y de la verdad revelada, la razón humana, según el Obispo de Avranches, está condenada á la esterilidad y la impotencia, sin poder llegar casi nunca á la certeza científica y perfecta.

Además del pensamiento escéptico que palpita en el fondo de sus escritos, y es lo que principalmente caracteriza su doctrina como filósofo, Huet tiene el honor de ser uno de los primeros, ó acaso el primero, que previó con claridad y señaló con energía las peligrosas tendencias de la Filosofía cartesiana desde el punto de vista cristiano, á pesar de que en sus primeros años se había manifestado partidario y admirador de la misma.

c) De índole muy diferente y de resultados más funestos para la religión cristiana, fué el escepticismo de su compatriota y contemporáneo *Bayle* (1647-1705), escritor más fecundo que sólido y exacto (2), y escritor

(1) La denominación de *Abnetanae* les viene de la abadía de Aulnay, en donde las escribió su autor.

(2) Además de su voluminoso *Diccionario histórico y crítico*, Bayle escribió: *Pensées diverses sur la comète qui parut en 1680.*—*Commentaire philosophique sur ces paroles de l'Évangile: CONTRAINS-LES D'ENTRER.*—*Nouvelles de la république des lettres.*—*Critique générale de l'histoire du Calvinisme, du P. Maimbourg*, sin contar otras menos importantes.

Calvinista durante sus primeros años, católico después por algún tiempo, rechazó finalmente toda religión, según se infiere de la respuesta que dió á Polignac cuando le preguntó qué religión profesaba: «Soy protestante, le dijo, porque protesto contra todo lo que se dice y se hace.»

que merece el dictado de *assembleur de nuages* que se dió á sí mismo.

El escepticismo, y con especialidad el escepticismo religioso, parece ser el objeto de sus obras, y principalmente de su famoso *Diccionario histórico y crítico*. Como medios para llegar á este objeto, y como manifestaciones de su pensamiento escéptico, Bayle se esfuerza en mezclar la luz con las tinieblas y presentar como problemáticas las verdades más evidentes; confunde la esencia de una verdad con los argumentos más ó menos débiles de algunos de sus defensores, contesta á las objeciones con otras objeciones, amontona dudas sobre dudas, refuta y defiende á la vez, para conducir al lector insensiblemente á la obscuridad y la duda. En el orden religioso, unas veces ensalza á la razón para deprimir la fe, y otras ensalza á ésta para deprimir y anular la razón.

Así, no es de extrañar que el filosofismo incrédulo del pasado siglo haya tributado á Bayle los más grandes elogios, y que Voltaire le apellidara el primer dialéctico del mundo. Los escritos de Laurent y de otros racionalistas vulgares de nuestros días, demuestran que los escritos de Bayle siguen siendo todavía el arsenal obligado de los enemigos sistemáticos del cristianismo católico.

### § 38.

#### OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE EL RENACIMIENTO.

Período difícil de juzgar es el período del Renacimiento, ora se le considere objetivamente en su natura-